

Dominick Dunne

Una temporada en el purgatorio

Traducción de Eva Millet

Primera edición en Libros del Asteroide, 2016
Título original: *A Season in Purgatory*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © 1993 by Dominick Dunne

© de la traducción, Eva Millet, 2016
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.
Revisión de estilo: Inés Marcos
Imagen de cubierta: © Nick Clements

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-16213-89-4
Depósito legal: B. 22.288-2016
Impreso por Liberdúplex S.L.U.
Impreso en España – Printed in Spain
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Índice

Primera parte	II
Segunda parte	175
Tercera parte	381

*Para Hanna,
con afecto*

PRIMERA PARTE

1972

Harrison Burns

El jurado está en su tercer día de deliberación. A primera hora de la mañana, el presidente ha solicitado a la jueza Edda Consalvi que se les relea el testimonio de Bridey Gafferty, la cocinera de los Bradley. Por la tarde, ha pedido ver el arma —medio bate de béisbol— y las fotos de la autopsia del cuerpo apaleado de Winifred Utley, las mismas fotos que tanta desazón causaron a la madre de Winifred, Luanne Utley, cuando fueron exhibidas como prueba por el fiscal durante el juicio. Estas dos peticiones del jurado han provocado muchos comentarios entre los periodistas acreditados y, como sucede siempre, una considerable diversidad de opiniones en cuanto a la manera de interpretarlas. El aire está cargado de tensión. La jueza Consalvi ha demostrado ser un sargento. Ayer ordenó al alguacil que expulsara al reportero de *Newsweek* después de que este dejara escapar una risita cuando el taquígrafo releyó la declaración de Billy Wadsworth, en la que explicaba que el acusado, Constant Bradley, después de quitarle a su pareja durante el baile del club de campo, le dijo a Winifred Utley: «¿Te importa bailar con un hombre que tiene una erección?».

Ellos, los Bradley, disponen de una sala aparte en la que se sientan todos juntos durante los recesos y pausas, lejos de las

miradas de la prensa y de los curiosos, aunque de tanto en tanto uno de ellos emerge para utilizar el teléfono o ir al baño. Hoy me he cruzado a Kitt en el pasillo del juzgado. Hemos pasado tan cerca que la falda de su vestido de seda azul y blanco ha rozado mi pantalón, pero ella ha pasado de largo, la mirada fija al frente, sin decir nada. No es que me haya ignorado. Simplemente, ha decidido no verme. Me he convertido en alguien inexistente para ella. A estas alturas ya estoy acostumbrado, tanto por lo que respecta a Kitt, que una vez significó tanto para mí, como al resto de la familia Bradley. Ni siquiera voy a mencionar lo sucedido ayer en el servicio de caballeros, cuando me encontré a Constant en el urinario de al lado. Va, qué demonios, lo cuento, ¿qué más da? Constant estaba de pie, a mi lado, cuando de repente, sin mediar palabra, se giró hacia mí y me roció con un contundente chorro de orina, empapándome la americana y los pantalones. Una vez, de jóvenes, cuando todavía estábamos en el colegio, le vi hacerle lo mismo a Fruity Suarez, un chico que no nos gustaba a nadie. La cara que puso entonces denotaba una frivolidad pícara; un niño mimado haciendo una broma traviesa. Ayer, no había ni rastro de travesura en su manera de mirarme. Solo odio. Pero, más que la meada de Constant, lo que más me dolió fue el desprecio de Kitt.

Sé perfectamente que, al contar la historia que me dispongo a contar, corro el riesgo de perder todo lo que he logrado y adquirido en mi vida, incluyendo mi reputación. También sé que voy a ganarme la eterna animosidad de la familia y, a lo largo de los años, he sido testigo, en ocasiones muy cercano, de lo que significa su eterna animosidad, cuando eran otros muchos los que la sufrían. Ellos, la familia —o «la Familia», como la llaman ellos mismos y a veces también la prensa—, no son mi propia familia, pero sí la familia en la que fui aceptado hace veinte años.

Mi primera visita a la finca de los Bradley la hice en calidad de compañero de colegio de Constant, y se prolongó durante un

mes. Estudiábamos en Milford, un colegio de Connecticut para hijos privilegiados de familias católicas ricas que había fundado setenta y cinco años atrás un millonario católico con una floreciente fortuna procedente de las minas de cobre, cuyo hijo, en opinión del millonario, no había sido admitido en el elitista Groton porque era irlandés y católico. A Constant lo habían precedido en Milford sus cuatro hermanos mayores, y todos y cada uno de ellos habían destacado. El director y el claustro de profesores todavía los recordaban con mucho afecto.

Los profesores no eran curas, sino maestros laicos a los que llamábamos «señor». La presencia de curas lo hubiera convertido en un colegio religioso, cosa que no era, aunque íbamos a rezar a la capilla cada día y asistíamos a misa dos veces por semana, los domingos y los jueves, a las siete de la mañana. Participábamos, sin hacer preguntas, de los rituales de la misa, la comunión, las oraciones de mañana y tarde y la Cuaresma, pero sin albergar un solo pensamiento acerca de la existencia de Dios.

Tras la pronta caída en desgracia y consiguiente expulsión de Constant, que coincidió con la, digamos, sensacionalista muerte de mis padres, la familia consideró que yo, una rata de biblioteca por naturaleza, podía ser una buena influencia para él. Con el tiempo, fui cordialmente tolerado por su famoso padre, Gerald, si bien nunca me prestó mucha atención, ya que disponía de muy poco tiempo para quien no fuera de su misma sangre o no estuviera bien conectado con los mundos de la política, las altas finanzas o, a veces, como descubriría más adelante, el hampa.

El día de su expulsión, Constant se asomó a la ventana del dormitorio buscando con la mirada a Charlie, el chófer de la familia, al que habían enviado a recogerlo para llevarlo a casa.

—Oh, Dios mío —dijo, retirándose de la ventana cuando vio el largo Cadillac negro que se desplazaba lentamente colina abajo, desde la entrada hasta Hayes Hall, donde estaban nuestros dormitorios.

—¿Qué? —le pregunté.

—Mi padre también ha venido —respondió. Por un momento, su calma lo abandonó. Desde la ventana vimos cómo Charlie le abría la puerta al señor Bradley para que bajara del coche. Llevaba un abrigo Chesterfield con cuello de terciopelo y un sombrero de fieltro gris. Incluso desde aquella distancia era fácil distinguir que se trataba de un hombre al que había que prestar atención. Su rostro tenía la peculiar característica de estar compuesto de facciones que no cuadraban las unas con las otras, como piezas desparejadas o fuera de escala, que parecían pertenecer a otras personas. Su nariz era demasiado grande. Sus labios, demasiado finos. Sus ojos, demasiado oscuros, tanto en tonalidad como en intensidad. Aun así, como supe más tarde, las mujeres, por la razón que fuera, lo encontraban atractivo, si bien su fortuna también debía contribuir a ello. Era agresivo y carecía de delicadeza. Incluso cuando se ponía cariñoso con sus hijas, a las que adoraba, parecía severo. Se decía que inspiraba miedo entre sus empleados. Nunca lo dudé. Yo creo que a sus hijos les ocurría lo mismo aunque también lo querían y hubieran hecho, e hicieron, cualquier cosa que les pidiera, al menos hasta el momento en que su dolencia empezó a afectar a sus peticiones.

Se encaminó hacia el despacho del director. Cuando reapareció, cuarenta minutos más tarde, nos llamaron para que fuéramos al coche. Charlie nos saludó con una leve inclinación de cabeza y cargó en el maletero las bolsas de Constant y mi pequeña maleta. Éramos conscientes de que los demás chicos observaban la extraña escena familiar desde las ventanas de Hayes Hall.

Fue tan poca la atención que Gerald Bradley me prestó que yo muy bien podría no haber estado allí. El chófer empezó a conducir. Gerald y Constant iban en el asiento de atrás, bien separados, uno en cada esquina. Yo me senté en el asiento plegable. Permanecimos en silencio durante la mayor parte del trayecto. Finalmente, casi dos horas después, cuando enfilamos el largo sendero que conducía hasta la casa de los Bradley, Gerald habló.

«No eres como tus hermanos», le dijo a su hijo. «Siempre te pillan.» Había un claro desdén en su voz. Yo me volví levemente. Constant miró a su padre, suplicante. Di por hecho que aquella mirada era para implorarlo que no continuara menospreciándolo delante de mí, pero me equivocaba. Lo único que quería era complacerlo.

—¿Qué iba a hacer? —le preguntó.

—Podías haber mentido, so tonto. Podías, y deberías, haber mentido, decir que las fotos no eran tuyas.

Con el tiempo, me convertí en uno de los favoritos de la madre de Constant, Grace, lo que no suponía un gran honor en aquella casa, ya que a veces Grace era motivo de chanzas por parte de su prole, en especial de sus hijos, debido a su fervor religioso, que era excesivo, y a su obsesión por la ropa, igualmente desmedida. Estaba poseída por lo que ella siempre llamaba «la última moda», aunque a menudo las espléndidas prendas que lucía la engullían, por lo que el impacto que producía se debía más al color o el corte de las piezas que a su porte. En la casa había una capilla donde, cada tarde, se celebraba una misa privada para Grace. Su mejor amigo era el cardenal Sullivan, que a menudo venía a tomar el té y con el que hablaba sobre la familia y sobre asuntos religiosos. «Cardenal viene a tomar el té», anunciaba, emocionada, el día de la visita. Al referirse al cardenal Sullivan, nunca decía «*el* cardenal». Decía «Cardenal» a secas, como si aquel fuera su nombre. Disfrutaba besando el anillo cardenalicio, gesto que acompañaba con una profunda reverencia, como la de una dama de compañía a un monarca. Durante un instante, el éxtasis se reflejaba en su rostro, como si el contacto entre sus labios y la esmeralda de la alianza del cardenal —esmeralda que, según se creía, había pertenecido al cardenal Richelieu y que Grace había adquirido en una subasta en París para regalársela al cardenal Sullivan con motivo de su ascenso— la aproximara más a la comunión con Dios.

—Dormiré en la habitación de Agnes —dijo Grace, refiriéndose a mí, mientras resolvía la logística de la casa con los dedos—. Decidle a Bridey que prepare la habitación de Agnes para el amigo de Constant. —Yo nunca había oído hablar de Agnes y nadie me explicó quién era. Tuve la sensación de que no debía preguntar, y no lo hice.

Con el tiempo, me haría amigo de algunos de los hermanos y hermanas de Constant, pero no de todos. A Gerald Junior, al que llamaban Jerry, nunca le gusté demasiado, ni a Maureen, aunque sí a Sandro, y a Desmond, cuando aparecía; y a Mary Pat y a Kitt, la más pequeña de las chicas. Pero hasta que sucedió lo que sucedió —lo de Winifrey Utley—, la mayoría de los hermanos mayores eran para mí figuras imprecisas.

—Escribe —les dijo Constant a modo de presentación a sus hermanos durante la cena de mi primera noche en la casa.

—Es lo que espero hacer —le corregí.

Gerald Junior resopló, un resoplido de desprecio, como si admitir semejante vocación implicara una masculinidad lisiada. Él mismo era un lisiado, un tullido, a causa de un viejo accidente de coche que lo había dejado parcialmente paralizado de cintura para abajo. Qué había provocado aquel accidente era una de las muchas cosas de las que no se hablaba en la familia.

Y de repente, el viejo, que más o menos me había ignorado hasta entonces, acudió en mi rescate. «¿Libros? ¿Vas a dedicarte a escribir libros?», me preguntó, elevando la voz, desde la cabecera de la mesa.

Yo, ruborizado por ser el centro de atención, contesté, con una cierta incoherencia:

—Eso espero. Sí, señor. Con el tiempo.

—Hmmm. Interesante —dijo, como si archivara una información para un uso futuro. Después se dirigió de nuevo a Gerald Junior—. La gente respeta a las personas que escriben libros.

—A mí me encanta leer —dijo Kitt, que entonces tenía sola-

mente catorce años, mirándome con aprobación.

Para ser exactos, ya había estado una vez en casa de los Bradley, seis meses antes de la expulsión de Constant, acompañándolo en una visita furtiva, mientras sus padres estaban fuera: su madre en París, encargando ropa, y su padre en California, de negocios. O eso es lo que Constant pensaba. Nos escapamos de Milford una tarde que teníamos libre, en la que se suponía que habíamos salido de excursión, e hicimos autostop para recorrer los ciento dos kilómetros que separaban el colegio de su casa. Constant dijo que se trataba de algo importante, aunque resultó ser el tipo de cosa que solo era importante para él y que a duras penas compensaba el riesgo que implicaba la aventura, como se demostró meses después cuando se convirtió en la causa de su expulsión.

El objetivo del viaje era llevarnos unas revistas de mujeres desnudas que había encargado y que le habían enviado en sobrios sobres marrones. No se había atrevido a que se las mandaran al colegio, donde, bajo la vigilancia de la fisgona señorita Feeley, la secretaria del director, que se ocupaba del correo y poseía un desarrollado instinto para detectar lo lascivo, se arriesgaba a que lo expulsaran. En cambio, se las había hecho enviar a su casa, avisando a Bridey, la cocinera de los Bradley, que lo adoraba, de que estuviera atenta de la llegada de los sobres y se los guardara. A la pobre Bridey, persona de misa diaria, nunca se le habría ocurrido pensar que, bajo la cesta de la ropa para zurcir del cuarto de costura del segundo piso de la residencia Bradley, estaba ocultando imágenes de señoritas desnudas entregadas a jueguecitos sexuales. Bridey tenía la secreta esperanza, nunca expresada, de que, algún día, Constant podría convertirse en sacerdote.

Por el camino nos recogió una señora encantadora con un Buick azul, que se fijó en nosotros por nuestras chaquetas de *tweed* y los pantalones de franela gris, propios de los estudiantes de preparatoria. Iba en dirección a la ciudad donde vivían los

Bradley, y se ofreció a dejarnos en un cruce donde nos resultaría fácil que alguien nos recogiera y nos llevara hasta nuestro destino. Constant, por supuesto, la cautivó durante el trayecto, como cautivaba siempre a todas las mujeres de todas las edades, y la señora acabó llevándonos hasta la mismísima verja de la residencia Bradley, veinte millas y veinticinco minutos más allá de su ruta, donde se quedó boquiabierta ante la visión del enorme edificio estilo Tudor que había detrás. Tenía una hija, le dijo, a la cual esperaba que conociera algún día. El nombre de su hija era Winifred Utley; estudiaba en la escuela de Miss Porter, en Farmington. Si Constant le hubiera pedido que entrara, lo hubiera hecho encantada.

Constant poseía la sorprendente habilidad de reajustar las facciones de su rostro durante un instante para adoptar la expresión de otra persona. Este pequeño talento, combinado con otra habilidad, la de imitar la voz y los gestos de otra gente, provocaba explosiones de risas, no siempre amables. Al mismo tiempo que la despedía con la mano, Constant se transformó en nuestra chófer, y recorrimos entre risas el sendero que llevaba hasta la casa, mientras representaba una escena imaginaria en la que suplicaba a la señora Utley que le dejara casarse con su hija.

—Menuda casa —dije, mientras la mansión de estilo Tudor aparecía frente a nosotros—. ¡Dios mío!

—Están todos fuera —respondió—. Mamá en París con Maureen. Mi padre en algún sitio, de negocios. Nunca sé dónde. Kitt y Mary Pat en el colegio, en el Sagrado Corazón. Jerry normalmente está con papá. Sandro haciendo un posgrado en Yale. Desmond es médico, trabaja en el Hospital Santa Mónica, en el centro. Este, más o menos, es el resumen.

—¿No hay esclavos?

—Sí. Muchas chicas irlandesas, pero no creo que estén. Lo más probable es que solo esté Bridey. Es la jefa.

Nos detuvimos frente a la puerta principal, Constant sacó la llave y entramos. Atravesamos el recibidor. Ante nosotros ha-

bía una impresionante y sinuosa escalera con una barandilla de hierro forjado. A la izquierda, un enorme salón, profusamente decorado en damasco rojo oscuro y amueblado con lo que parecían piezas de estilo Chippendale. Me quedé mirando.

—Mamá siempre está redecorando —dijo Constant—. Nunca sé qué voy a encontrarme. La última vez que estuve aquí esta sala era verde.

Aquella sala no la utilizaban mucho. Era, en palabras de Constant, «para enseñar», y solo la usaban para las fiestas o cuando el cardenal Sullivan venía a cenar, o en la magnífica ocasión en la que se recibió al Papa. ¿Existía alguien que no supiera que el Papa había visitado la casa de los Bradley en Scarborough Hill durante su último viaje a Estados Unidos? Naturalmente, alguien habría, pero no existían muchos católicos que no lo supieran y, desde luego, todos y cada uno de los alumnos de Milford lo sabíamos. Aquello situaba a Constant en una posición muy alejada del resto. «El Papa visitó a su familia», decían siempre los maestros cuando hablaban de él, y lo decían con admiración.

En la intimidad utilizaban la estancia que llamaban «sala familiar», hasta que Sally Steers, su decoradora, convenció a Grace de que empezara a llamarla «la biblioteca». En el lugar de honor, sobre la chimenea, colgaba una gran fotografía a todo color de Su Santidad. En el resto de la sala, encima de las mesas, había fotografías familiares, incluyendo el retrato de felicitación navideña hecho por el estudio Bradford Bachrach, con Gerald, Grace y todos sus hijos, a excepción de Agnes, posando muy formalmente frente a la chimenea del salón, felicitación que se enviaba a una lista, cada vez más extensa, de más de mil personas. Había fotografías de Gerald con personalidades políticas: Lyndon Johnson, Hubert Humphrey y Eugene McCarthy, todos los cuales habían cenado en Scarborough Hill. Había fotografías de las niñas vestidas de amazonas, con cascos de terciopelo, y de los chicos ataviados con distintos atuendos deportivos, incluido

Jerry, antes del accidente, erguido y guapo, con ropa de esquí en las pistas de Aspen. Había copas y trofeos sobre la repisa de la chimenea y en las estanterías de la librería, y escarapelas rojas y azules de concursos hípicas enmarcadas en las paredes. También estaba allí el piano que a Grace le gustaba tocar después de la cena, cuando reunía a sus hijos alrededor suyo para cantar canciones irlandesas.

Constant reparó en que había dos abrigo en el banco del recodo de la escalera, colocados de manera informal, como si sus propietarios los hubieran dejado allí en un apuro. Uno era un abrigo masculino y el otro, un abrigo de piel, de visón o marta cibelina. Por aquel entonces yo no sabía diferenciarlos. Constant cogió el abrigo de piel y examinó el forro de satén. La etiqueta era de Revillon Frères y tenía las iniciales STS entrelazadas. Una mirada distante y extraña apareció en su rostro, mientras dejaba caer de nuevo el abrigo en el banco.

—¿Han vuelto tus padres? —le pregunté.

Me hizo un gesto para que no hablara y lo siguiera. Atravesamos una puerta que desembocaba en un pasillo del servicio y se asomó a la cocina buscando a Bridey, pero no estaba allí. Lo seguí por una escalera trasera. Abrió una puerta del segundo piso que daba a otro pasillo, se asomó primero y después se encaminó hacia el cuarto de costura, donde localizó el sobre bajo la cesta de Bridey. Después volvimos sobre nuestros pasos y nos dirigimos a la primera planta.

—No creo que debamos salir por la puerta principal —dijo. Hablaba en voz baja, como si temiera que lo escucharan desde arriba—. Saldremos por la cocina.

—Nunca había estado en una casa tan grande. Me gustaría ver algo más que las habitaciones traseras y las escaleras de servicio, la verdad —dije.

—En otra ocasión —contestó. Mientras que a los demás hermanos todavía les asombraba un poco vivir en una casa tan enorme, a Constant y Kitt, los más pequeños, les parecía de lo

más normal. Era algo natural para ellos; siempre habían vivido allí.

Después, de vuelta en el colegio, cuando le pregunté qué había pasado en su casa, me dijo:

—Ese abrigo de visón no era de mi madre.

—Y el otro abrigo, ¿era de tu padre?

—Sí —respondió.

—¿Pero...? —deseaba que me detallara lo que yo pensaba que quería decir.

Su ceño se frunció levemente, nublando la claridad de su frente. Había visto aquella expresión con anterioridad. Aparecía cada vez que percibía el mínimo atisbo de crítica hacia un miembro de su familia. Yo sabía que aquello significaba que no debía seguir con el tema, y así lo hice.

A la mañana siguiente, en la pista de tenis, Constant y yo tuvimos que esperar a que Kitt y Mary Pat acabaran la clase con su profesor antes de empezar nuestro partido. «Hola, chico», dijo Kitt al salir de la pista. Kitt llamaba «chico» a todo el mundo. Todos ellos lo hacían, pero Kitt especialmente. Cuando te llamaba así, sabías que habías sido aceptado. No eras exactamente uno de ellos, pero sí una de las personas que orbitaban alrededor de su magnificencia.

Constant era el favorito de todos en la familia. Desde muy pequeño lo habían adulado hasta la extenuación. Kitt era la favorita de Constant. Poseía ese tipo de atractivo que no está conectado con la belleza, pero que es más impactante, y una actitud superficial y directa que hacía las delicias de sus hermanos y preocupaba a su madre.

—¿Dónde está *ella*? —preguntó Kitt al pasar junto a una nueva criada de expresión asustada que le abrió la puerta de la casa de su madre. A menudo, Kitt se refería a su madre como *ella*.

—En la despensa.

— ¿*Madre*, en la despensa? ¿Haciendo qué? ¿Despidiendo a la cocinera?

— Está arreglando las flores.

— Oh, sí, las flores.

En esa época, cuando la conocí, Kitt era alumna del Colegio del Sagrado Corazón, situado en otra pequeña ciudad de Connecticut. Las señoritas Bradley no iban a Farmington ni a Foxcroft. Iban a las Damas, que era como se llamaba a las hermanas del Sagrado Corazón. Las Damas eran la aristocracia de las monjas; ellas también procedían de buenas familias, familias ricas. Más adelante descubrí que Agnes Bradley, la mayor de las hermanas, deseaba tomar los hábitos y convertirse en una Dama, pero la locura se interpuso. Su locura. El tema del que nunca se hablaba en la familia. Lo mismo podría haber estado muerta, tan muerta como el hermano que había fallecido cuando derribaron su avión en Vietnam. Agnes estaba internada en una residencia en Maine, atendida no por Damas, sino por monjas que trabajaban duro y que, de no ser por la llamada del Señor, se hubieran convertido en enfermeras o en trabajadoras sociales. Nadie hablaba de Agnes excepto Kitt, que iba a visitarla cada año antes de Navidad y también el día de su cumpleaños. Una vez me llevó con ella. Agnes creyó que yo era Constant, al que solamente había visto cuando era un bebé, y Kitt me hizo una seña para que fingiera serlo. Hubiera sido demasiado complicado, me dijo después, explicar quién era yo y qué relación tenía con ella. Excepto por su mirada ausente, Agnes tenía la apariencia y la voz de su padre. Su mente, sin embargo, era la de una niña de diez años. Kitt le llevó un rosario de plata bendecido por el Santo Padre en Roma porque Agnes aseguraba que había alguien que siempre le robaba el suyo. Kitt era infinitamente paciente con ella. Agnes, con sus labios sin pintar, hablaba sin cesar de la Virgen María y del poder de la oración. «Te llamaré el domingo», le dijo Kitt al marcharse. «Oh, ¡yupi!, ¡yupi!, Domingo de Trinidad», contestó Agnes, aplaudiendo.

Mi dulce y querida Kitt. Yo creía que me amaba, como ciertamente yo la amaba a ella. Pero todo eso pasó después, y no es más que una subtrama de la historia que quiero contar. Es mi participación en aquella tempestad emocional lo que me lleva a mencionarla tan pronto en este relato. Mi conocimiento de los hechos que relataré a continuación es, en su mayoría, de primera mano. El resto proviene de conversaciones con Constant y Kitt y, en algún caso, con sus primos menos conocidos, Fatty y Sis Malloy. «Hablo demasiado», dijo Kitt una vez. «Todos están en mi contra. Incluso Pa y, asumámoslo, soy el ojito derecho de Pa.»

Por razones que tienen que ver con el contexto de su época, Gerald y Grace Bradley nunca fueron ni aceptados ni recibidos en los círculos sociales de su ciudad, ya que por aquel entonces los irlandeses —incluso los irlandeses ricos, y los Bradley eran muy ricos—, no eran considerados personas del todo adecuadas. «No son el tipo de gente a la que uno invita a cenar», decía Leverett Somerset, con su manera despreciativa de hablar. Detestaba a los irlandeses, particularmente a los Bradley. El dinero de los Bradley no tenía un origen elegante. No procedía de los seguros, la banca, las acciones o los bonos. El padre de Gerald, Malachy, quien amasó el núcleo de lo que después Gerald convirtió en la fortuna Bradley, había sido un carnicero que prosperó en el negocio de la alimentación y que, antes de morir, se convirtió en presidente de un pequeño banco en la zona irlandesa de la ciudad. Años después, Gerald siempre se referiría a su padre como banquero, pero los que lo recordaban, en especial gente como los Somerset, lo hacían siempre como carnicero. Gerald estudió en los colegios católicos de la ciudad, en la Universidad Católica de Washington y en la Facultad de Derecho de Harvard. Su ya de por sí próspera situación financiera se vio reforzada gracias a su matrimonio con Grace Mallory, la hija de un fontanero que

había prosperado en el negocio de los suministros de fontanería. En base a los criterios de la época, las rentas combinadas de los recién casados los convertían en adinerados. En un periodo de tiempo relativamente corto, Gerald pasó a ser considerado el mejor abogado católico de la ciudad y se convirtió en el responsable de los asuntos legales del obispo y la Iglesia. Todo un genio en cuestiones de dinero, en particular en la adquisición de bienes inmobiliarios, Gerald dobló, triplicó, cuadruplicó, y así sucesivamente, el dinero original del carnicero hasta niveles estratosféricos. Al mismo tiempo, Grace paría niños Bradley uno detrás de otro.

Los Bradley eran desmesuradamente admirados por la comunidad irlandesa de la que procedían, pero los protestantes, que eran quienes controlaban los negocios, la política y los círculos sociales de la ciudad, los rehuían. En aquella época los irlandeses, los polacos, los italianos y los judíos vivían en la zona este de la ciudad, mientras que los protestantes vivían con más refinamiento en el lado oeste. Para todo el mundo resultó una sorpresa que Gerald Bradley comprara la vieja mansión de Scarborough, antigua residencia del gobernador del mismo nombre, en la elegante zona de Scarborough Hill, y la sorpresa fue doble cuando Gerald Bradley derribó la venerable casa y construyó en su lugar una mansión todavía más grande, de piedra gris y marrón, de estilo Tudor. Puede que no fuera la casa más elegante de la ciudad, pero ciertamente era la más grande, y su construcción generó infinidad de comentarios, no todos favorables, además de una considerable caravana de coches con curiosos que se asomaban por las ventanillas para contemplar la vasta estructura. Para entonces el apellido Bradley estaba en boca de todos.

— ¿Quién se ha creído que es esta gente? — preguntó Piggy French, una de sus nuevas vecinas.

— Ahora soy vecino del hijo del carnicero — dijo Leverett Somerset, un comentario que se repetía una y otra vez en el club de campo, un club tan exclusivo que no tenía otro nombre más

que El Club de Campo, «con la E de El en mayúsculas», como decía siempre Leverett Somerset.

Conocedores de las restricciones propias de la situación, los Bradley no realizaron tentativa alguna de relacionarse con sus refinados vecinos. Tampoco se juntaban demasiado con los irlandeses, de los que se habían distanciado debido a su inmensa fortuna. Disfrutaban de su propia compañía. Los gritos, las risas y la rivalidad juguetona que emanaban de la piscina y de la pista de tenis de los Bradley resonaban en el ambiente de aquella comunidad sosegada. «¡Caramba! Qué cantidad de ruido hacen estos Bradley», dijo en más de una ocasión Louise Somerset, la mujer de Leverett. Las dos familias no estaban destinadas a entenderse. Louise Somerset nunca llegó a saber si la tarjeta de condolencia que le envió Grace Bradley tras la muerte de su madre fue una impertinencia o un acto de bondad por su parte.

Gerald imponía una férrea disciplina a sus hijos, exigiéndoles que estuvieran siempre a la altura de su orígenes católicos, incluso cuando los preparaba para su infiltración en el mundo protestante de las escuelas privadas, las clases de baile, los veranos en la costa, los clubs de campo y las universidades de élite. Grace, poniendo de su parte en dicha infiltración, realizó generosas donaciones a la orquesta sinfónica y asistió a todos y cada uno de los conciertos de invierno, acompañada de una o más de sus hijas y llevando un abrigo de visón que, según le comentó a todo el mundo su vecina, la señora Somerset, era demasiado largo. «La señora Bradley es muy agradable», dijo un día la señora Somerset después de una reunión del comité de la sinfónica, «pero desearía que no llevara guantes cuando sirve el té».

El asombro fue generalizado cuando se propuso a Gerald Bradley como socio de El Club de Campo, porque hasta entonces nunca había habido ningún miembro irlandés y católico. Los Prindeville, socios de toda la vida, también eran católicos, pero como Helen Prindeville se apresuró a decir, eran ca-

tólicos franceses, lo que a su parecer era algo completamente distinto. Piggy French, Buzzy Thrall y Neddie Pawson, en representación de la mayoría de los socios, estaban dispuestos a vetar a Gerald Bradley. Ninguno de ellos reparó en Corky, el camarero, que escuchó los comentarios mientras les servía unas bebidas en el bar privado de caballeros y que posteriormente los repitió, palabra por palabra, a los demás empleados, muchos de los cuales habían crecido en Bog Meadow. Piggy French llegó a decir que Gerald Bradley no podía pertenecer a ningún club.

—Carece de modales —coincidió Buzzy Thrall.

—¿De dónde crees que viene todo ese dinero? —preguntó Neddie Pawson— ¿Estamos seguros de que es legal? Quiero decir, ¿cómo puede uno ganar tanto dinero en tan poco tiempo y que todo sea legal? No nos llegarán noticias de fraudes en un futuro, ¿verdad, Leverett?

—No, no, no —dijo Leverett Somerset, impaciente—. Te guste o no, y a mí no me gusta, muchísimas gracias, el hombre es un genio de las finanzas. Debería estar en el gobierno, lidiando con el déficit, y no tratando de entrar en sociedad.

—La única sociedad a la que va a acceder en su vida es la Society of the Holy Name* —dijo Buzz Thrall, y todos rieron.

—He oído que mantiene a una querida. Sally Steers, la decoradora de la familia —dijo Piggy French.

—¿Cómo sabes eso? —le preguntó Leverett Somerset.

—Fue a Farmington con Eve Soby —contestó Piggy French—. Le ha regalado un abrigo de visón.

—Tú también —dijo Leverett.

—¿Yo también qué?

—Mantienes a una querida.

—Pero yo no invito a curas ni a papas a tomar el té. Y, además, yo no la *mantengo*. Yo la *veo*. Son dos cosas muy diferentes.

* Confraternidad católica con un elevado número de miembros en Estados Unidos. (*N. de la T.*)

La sesión, a puerta cerrada, fue tempestuosa. Se dijeron cosas amargas. Finalmente, sin embargo, todos accedieron, aunque con desgana. Fue, se dijo, una compensación; un trato silencioso entre Gerald Bradley y su vecino, Leverett Somerset, relacionado con un negocio arriesgado de este último que, viéndose en un apuro económico, permitió que el hijo del carnicero lo rescata- ra. Gerald Bradley también accedió a hacerse cargo del coste de las reparaciones de la puerta de entrada del club, dañada por un huracán reciente, y que la póliza de seguro no cubría.

Uno de los socios más indignados con la decisión fue el viejo obispo Fiddle, el prelado episcopal, que había vuelto a Scarborough Hill para retirarse después de una larga y acomodada carrera eclesiástica en París. Su madre había nacido en Scarborough, era la hermana del difunto gobernador y él era tío de Louise Somerset. Que los Bradley pasaran a formar parte del club le parecía algo indignante y expresaba en alto su opinión a cualquiera que estuviera dispuesto a escucharlo, pese a la objeción de su mujer.

Un jueves por la noche, mientras los Bradley entraban en tromba en el comedor, el obispo señaló a Gerald haciendo un aspaviento con su cuchara. Estaba comiendo helado de vainilla. Su paciente y sufrida esposa le había atado una gran servilleta alrededor del cuello para que no se manchara de helado la armilla púrpura que vestía bajo su traje negro. En el cuello llevaba también una cadena de oro de la que colgaba una cruz que había metido en el bolsillo izquierdo de su pecho. Cuando hablaba, los tonos estentóreos de su voz, nortea y entrecortada, recorrían el gran comedor.

—Encuentro fascinante que el club se haya vuelto más liberal en sus normas y haya permitido que una persona tan notoria como usted se convierta en socio —dijo el obispo. Un hilillo de helado de vainilla le surcaba la barbilla.

Gerald, que odiaba el tono de aquel tipo de voz, se inclinó hacia el obispo.

—Que le jodan, obispo —le susurró al oído.